

Ciudad y utopía

# Acercas de la destrucción del espacio burgués

*“¿Veis estos edificios colosales que se levantan, soberbios, muy alto por encima de las modestas casas que los rodean, como aplastándolas con su mole enorme... estos edificios estupendos que atónito contempla el forastero, confundido con tanta ciencia de ingeniería y atrevidéz de concepción, y que son uno de los principales motivos de orgullo de las grandes ciudades actuales?... Pues, contra ellos, cientos de puños se levantan traduciendo en gesto de rabia impotente la desesperación de los desgraciados seres que viven en su base privados de luz, de aire y de sol, en las miserables chozas envueltas en la fría sombra que proyecta sobre ellas el criminal coloso, sembrador de tristeza, de tuberculosis y de muerte”.*

Pierre Quiroule, **La ciudad anarquista americana.**

*“¡Oh!, ¿no ves el estrecho sendero sembrado de zarzas y espinos? es el sendero de la virtud por el que muy pocos se aventuran.  
¿Y no ves el ancho camino que se abre entre los lirios? es el camino del Vicio que algunos llaman del Cielo.  
¿Y no ves el alegre camino que serpentea a través de los helechos? es el camino del país de los Elfos al que esta noche te conduzco”.*

Balada de Thomas the Rhymer, *citado en Thomas Morton,*  
**Las utopías socialistas.**

Adriana **Petra**

Licenciada en Comunicación Social (UNCuyo). Doctoranda en Historia por la UNLP y becaria doctoral del CONICET. Integra la dirección del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI) y es investigadora becaria del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES).

A  
M  
C  
L  
A  
J  
E  
S



Tramplijas

Así como la temporalidad es una característica esencial de la utopía, lo es también la categoría de espacialidad. En efecto, su etimología original la define como un “lugar que no existe”, “en ninguna parte” o, más acertadamente, como “un no-lugar”. La utopía, en tanto presupone un rechazo del tiempo presente realiza la misma operación en cuanto al “lugar” donde se vive: es la representación de un territorio que está en otro lugar y otro tiempo. A diferencia de la escatología, cuyo dualismo opone un espacio temporal a un tiempo intemporal, un espacio cósmico a un Reino de Dios, en la utopía “la separación es siempre inmanente al mundo; el otro tiempo se concibe como existente *en* el tiempo histórico, el otro espacio como existente *en* el espacio geográfico”<sup>1</sup>.

El espacio no es neutral para la utopía. Entre ambos se establece una disociación en la medida que la utopía, cuya dinámica crítica parte de lo real existente que es sustrato y condición de posibilidad de la sociedad imaginada, se proyecta a partir de la relación binaria entre dos espacios escindidos, uno real alienado y otro deseado y construido a partir de los arquetipos del imaginario utópico: el sujeto disociado del espacio real proyecta instancias anheladas en espacios imaginarios.

El utopista, en la medida en que alienta en su gesto deseante una sociedad nueva basada en un modelo de felicidad cuya realización presupone la negación de lo existente, a menudo necesita una otredad radical, una discontinuidad absoluta que involucra el espacio: la ciudad de utopía sólo puede edificarse allí donde la lejanía garantice la reproducción higiénica de un nuevo orden. Alejan-

dra Ciriza, refiriéndose a la *Utopía* de Tomás Moro, afirma que una de las formas en que se traduce la “identidad” bajo la cual se organiza el relato es precisamente la *unidad en el espacio*: “Instalada en un espacio homogéneo, aislada en un isla que constituye a la vez su límite, su frontera defensiva y su condición de existencia, la isla de *Utopía* está organizada según una regla única e inalterable (...) La utopía es reacia a lo otro, incluso bajo la forma de variación. Está construida sobre la recurrencia de las significaciones ligadas al aislamiento, unidad, inalteridad (...) En *Utopía* no hay lugar para la diferencia...”<sup>2</sup>.

El utopista es a menudo un planificador urbano. La preocupación del pensamiento utópico por transformar la sociedad al mismo tiempo que la vivienda y la traza urbana nació con Moro y continuó con los utopistas de la primera mitad del siglo XIX. La ciudad real, con todos sus males perceptibles, se opone en el relato utópico a la ciudad ideal proyectada como estructura urbana regular y geométrica. Raymond Trousson explica que antes de la obra del sabio inglés, fueron los urbanistas del Renacimiento los que maduraron los tiempos para la utopía moderna: “Las ciudades medievales habían crecido un poco al azar, con el anárquico empuje de las iniciativas individuales. Pero resulta que a las estructuras comunales centrífugas sucedieron príncipes interesados en la centralización y el orden (...) Pero no se puede tocar las murallas sin afectar a los hombres; la ciudad es el espejo y la medida de hombre. Los urbanistas se interesaron por la organización social, situaron al ser humano en el centro de sus construcciones y soñan-

ban con adaptarlo a ellas: ¡a una ciudad racional y sana debía corresponderle un hombre nuevo!”<sup>3</sup>. En este artículo me propongo analizar la narración utópica *La Ciudad Anarquista Americana. Obra de construcción revolucionaria*, escrita en 1914 por el inmigrante, escritor y militante anarquista Pierre Quiroule (seudónimo de Joaquín Alejo Falconnet) y editada en Buenos Aires por la editorial libertaria *La Protesta*<sup>4</sup>. En esta obra, extraña especie de una tardía utopía rioplatense, es posible considerar la ciudad y el espacio a partir de tejer una serie de ideas que involucran una extendida creencia acerca de las relaciones de determinación entre geografía y moral; la consideración de las ciudades, por lo menos a partir de la revolución industrial, como escenarios del vicio y la degeneración incapaces de producir comunidad y, por último, la crítica a la escisión capitalista entre el campo y la ciudad y la necesidad de su resolución como condición de posibilidad -y no como producto de su posterior evolución- de una sociedad libertaria y/o socialista.

#### **Pierre Quiroule, utopista rioplatense**

Pierre Quiroule nació en Lyon, Francia, en 1867 y siendo aún niño emigró a la Argentina. Publicista de profesión, en plena juventud comenzó a colaborar en la prensa anarquista. Hacia 1890 escribió artículos para *El Perseguido* (1890-1897), combativo medio de expresión de los comunistas anárquicos. En 1893 fundó y fue redactor de *La Liberté*, semanario en lengua francesa que apareció en Buenos Aires hasta 1894 y llegó a publicar un total de 39 núme-

ros. Entre 1906 y 1907 inició sus colaboraciones en *La Protesta*, y en la misma época trabó amistad con Bautista Fuego, célebre libro y editor con el que participó en la revista quincenal de divulgación sociológica *Sembrando Ideas*. Fuego fue el editor de la mayoría de los libros de Quiroule, y su adhesión al *neomalthusianismo* y las teorías eugenésicas ejercieron sobre éste gran influencia. Quiroule escribió también obras de teatro y, como muchos pensadores libertarios, se abocó a las investigaciones científicas, geológicas, astronómicas y filosóficas<sup>5</sup>.

El impacto de la revolución rusa y la rápida creación dentro de las filas anarquistas de una corriente anarco-bolchevique, planteó a los anarquistas la necesidad de renovar los esfuerzos propagandísticos, Quiroule inició entonces una etapa de activa producción de folletería, especialmente la dedicada a los campesinos. Allí resalta -como en sus textos puramente utópicos- la importancia de la combinación armónica de la industria y la agricultura y fin del distanciamiento entre el obrero del campo y el de la ciudad.

El fraccionalismo y las inflamadas polémicas ácratas probablemente degradaron el entusiasmo de Quiroule por la actividad política, quien acabó por retirarse de la militancia activa entrada la década del 20<sup>6</sup> para radicarse en Misiones, donde escribió *Un filósofo en Posadas* (publicado bajo nombre real, L. J. Rosso, Bs. As., 1927), obra en la que resume sus impresiones sobre la naturaleza y la ecología, temas sobre

los que siempre tuvo especial interés. Sus actividades y estudios en favor del medio ambiente hicieron que Quiroule sea recordado como uno de los precursores del ecologismo en Argentina.

Pierre Quiroule murió el 30 de noviembre de 1938, a los 71 años, en su casa del barrio porteño de Flores. Tal vez uno de los escritores más prolíficos que tuvo el movimiento libertario en la Argentina, a través de sus obras se reveló como un humanista y un militante tenaz cuyas "propuestas de renovación han superado los límites de la disconformidad del entorno. En suma, una existencia vinculada incansablemente con la búsqueda de un mundo mejor"<sup>7</sup>.

Aunque el pensamiento libertario nunca se sintió especialmente atraído por los planteos utópicos, obras como *El Humanisferio*, de Joseph Déjacque; *Looking Backward: 2000-1887*, de Edward Bellamy; *News from Nowhere*, de William Morris y *Viaje por Icaria*, de Etienne Cabet, por citar las más importantes, tuvieron una importante acogida entre los anarquistas americanos y en la Argentina especialmente, donde se realizaron numerosas reediciones y traducciones. Sin embargo, en momentos en que el movimiento obrero estaba en proceso de conformación y las luchas recrudescían a la par de la represión estatal, la tarea de imaginar una "ciudad ideal" alejada del mundo, muchas veces no se reveló como la más oportuna. Gómez Tovar considera que "la interpretación de las utopías libertarias no ha sido uniforme, ni dentro ni

fuera del pensamiento anarquista. Concebidas como un estímulo hacia la difusión de la Idea, un soporte del ensayo teórico o simplemente como una invitación a la acción, pocas veces fueron saludadas como avances en la construcción del pensamiento ácrata; antes bien fueron acogidas con cautela y no sin cierta polémica"<sup>8</sup>.

Con todo, resulta indudable que el anarquismo, aún más que otras ideologías y corrientes políticas, siguió sintiéndose atraído por la vida alternativa que proponían las ciudades utópicas, tal como lo demuestran los numerosos relatos que siguieron escribiéndose en Europa y América incluso ya entrado el siglo XX. El anarquismo -como dice Ainsa- al insistir en un radical rechazo de la sociedad existente, sólo podía ofrecer una propuesta de cambio totalizadora que englobara la vida del hombre como unidad. Una apuesta revolucionaria maximalista de estas características debía tener un claro efecto proyectivo.

### El campo y la ciudad

*La Ciudad Anarquista Americana* fue concebida como un relato continuo sin divisiones internas aparte de un breve prólogo del mismo autor y dos dedicatorias. El núcleo de la narración es la revolución que derroca el régimen "monárquico americano" (cuya capital era "El Dorado") e instaura una organización social y económica anarcocomunista ("Las Delicias" cuya capital es "La ciudad de los Hijos del Sol", ubicada

al norte de la “otrora provincia de Santa Felicidad). Según Weinberg, por las referencias espaciales y las descripciones paisajísticas que brinda Quiroule, El Dorado sería la provincia de Buenos Aires y sus adyacencias litorales, Las Delicias la Capital Federal y Santa Felicidad la provincia de Santa Fe<sup>9</sup>.

Una certeza recorre *La Ciudad anarquista...* desde el párrafo inicial hasta el final: la Anarquía es sinónimo de Humanidad y ésta lo es de la Naturaleza, ergo, un sistema anarquista comunal regido por los principios del trabajo agrícola y la cultura del suelo es una obra de regeneración de los principios naturales ocultos tras el manto de mentira impuesto por el Capital y naturalizado bajo la forma Estado. El capitalismo es locura, la Anarquía Razón, razón innata presente como esencia en la Humanidad y como la única verdad posible. De ahí que el trabajo de la revolución sea re-construir un sistema del que nunca los hombres deberían haberse alejado, ya que el “falso progreso” que ofrece el capitalismo es contrario a las leyes lógicas de la vida del hombre. La verdad de la Humanidad es la anarquía, y sólo a partir de ella es posible la vida, la felicidad y, en definitiva, la libertad.

La referencia a la Naturaleza aparece en el relato íntimamente asociada a la revalorización del campo y a la comunión entre trabajo agrícola e industrial y trabajo manual e intelectual. Los “eldoradianos”, una vez hecha la revolución, no tuvieron otra alternativa para lograr la destrucción total del régimen capitalista que abandonar las grandes ciudades “cuyo esplendor amasado con sangre de proletarios, esconde

tantas lacras asquerosas” (¡Queremos luz, queremos aire, queremos sol... y en vuestras ciudades (ilustres patriotas) y en vuestra organización social sólo hay asfíxia y tinieblas!), para construir “pequeñas agrupaciones de seres racionales” asociadas libremente para el trabajo y la producción, en íntimo contacto con la naturaleza y con el grado máximo de libertad individual<sup>10</sup>.

Quiroule necesitó demoler Buenos Aires para erigir su comunidad libertaria, los revolucionarios decidieron no dejar piedra sobre piedra en la ciudad maldita: la ciudad debía morir para que una nueva especie pudiera nacer. El centro de su cuestionamiento se encuentra en la idea de progreso asociado a la modernidad, siendo la ciudad, como instrumento de opresión y máquina burocrática, la condición de posibilidad para el desarrollo de la organización burguesa: “Sabido es que la burguesía se compone de individuos que viven del trabajo ajeno. Estos individuos, que son los parásitos que roen el cuerpo social, no podrían existir o desarrollarse fuera del recinto de las ciudades. Es preciso, pues, que haya ciudades para albergarlos convenientemente y que estas ciudades sean grandes, porque cuanto más grande más numerosos son los servicios públicos que ellas necesitan, los cuales exigen todo un arsenal de ordenanzas y reglamentos que faciliten su buen funcionamiento. Estos reglamentos y ordenanzas requieren, como es de suponer, una legión de “activos” funcionarios que velen por su exacto cumplimiento.

Además se precisan numerosas oficinas para la administración de la cosa pública: oficinas de estudios, de solicitudes, de auto-

rizaciones, despacho de fórmulas y papel timbrado, de informes...; otras para las contravenciones y multas, otra para recaudación de impuestos, etc.” (A los contribuyentes) “se les ofrece una rama de espléndidas ilusiones: ilusión de limpieza, ilusión de empedrado, de seguridad, de higiene, de embellecimiento, ilusión de luz, etc. (...) “a medida que la ciudad se agranda y que su esplendor es más brillante, nuevas ilusiones, que se pagarán con buenas realidades monetarias, son la consecuencia de ese mayor grado de progreso alcanzado por las deslumbrantes Atenas modernas”.

No dejan de resultar estimulantes las descripciones que este inmigrante anarquista hace de la vida en la ciudad, el modo en que se detiene a señalar lo inaprensible, lo que él llama irracional y fantástico, de una ciudad que estaba mutando en metrópoli. La reacción es radical. Más allá de que la crítica a la ciudad sea un tópico de larga tradición en el género utópico, podemos decir que Quiroule reacciona contra la fórmula liberal “orden y progreso” que había, precisamente, modernizado la vida nacional tratando de colocar al país en sintonía con la “civilización”. Una de las imágenes más patentes de este proyecto fue el enorme gasto que desde el Estado y las elites se destinó para embellecer las ciudades imitando a las metrópolis europeas: se las dotó de servicios de higiene y de transporte, avenidas, plazas y un conjunto de edificios públicos ostentosos y no siempre de buen gusto. Los particulares, por su parte, construyeron residencias igualmente espectaculares, palacios o *petit hôtels*. El voluminoso ingreso rural se difundió en la ciudad multi-



de "Victoria" y la ciudad anarquista son notorias en relación a los modos de organización social que proponen, pero su relación se estrecha en el trazado del plano de la ciudad que mantiene muy similares conceptos en la distribución de las casas, los edificios públicos, los lugares de trabajo y recreo, el orden y el nombre de las calles y avenidas, la cantidad de habitantes y el planeamiento urbano en general concebido como unidad cerrada autosuficiente pero sin margen de crecimiento.

La ciudad anarquista está concebida al modo de un modelo original que se repite toda vez que un agrupamiento sobrepasa los 12.000 habitantes, pretendiendo así evitar la desmesura de la traza urbana, asegurar la armonía de sus partes y, sobre todo, por considerar un mayor número "pernicioso para la salud pública, la libertad individual y el bienestar general". El punto central exacto de la ciudad es la Plaza de la Anarquía, en cuyos laterales se ubican la Sala del Consejo, el teatro y el gimnasio y desde donde parten cuatro anchas avenidas diagonales: Libertad, Amistad, Armonía y Humanidad. Desde ese centro se organiza una doble cuadratura: la primera la constituye el barrio industrial, con sus talleres y fábricas; la segunda, el barrio de los almacenes y depósitos. Fuera del cuadrado, más allá de la Vía de la Abundancia que lo contiene en un área no mayor a 10 hectáreas, nace la ciudad habitada, organizada sobre caminos serpenteantes y jardines, desparadas las casas libremente hasta chocar con la campaña que es su límite exterior.

El *leit motiv* de Quiroule, a dife-

rencia del Buckingham, es más ideológico que urbanístico, de ahí que la búsqueda de la "ciudad jardín" se centre en la preocupación política y económica de sintetizar armónicamente campo y ciudad y trabajo artesanal e industrial, sin tener en cuenta otras variables que no fueran el paisajismo y el aseguramiento de una adecuada producción agrícola. De este modo afirma que "en claro y alegre paisaje" se levantaba la "Ciudad de los Hijos del Sol", rodeada de colinas, arboledas, viñedos y hasta una laguna, "Afrodita", todo en un terreno "pintoresco, realmente encantador y lleno de poesía". La única precaución fue elegir un lugar alto, resguardado de los fuertes vientos y con suficiente agua para las tareas rurales y el abastecimiento de la población de la comuna.

Como afirma Ramón Gutiérrez, industrializar el campo e introducir la vegetación y los cultivos menores en la ciudad fueron propuestas reiteradas de reformadores, higienistas y urbanistas de la segunda mitad del siglo XIX. Para ello, como lo hace Quiroule, era necesario controlar no sólo las modalidades de producción y la economía, sino también la población, su crecimiento demográfico y su distribución espacial.

Tanto Buckingham como Quiroule apelaron a la tecnología para resolver el problema de la vivienda. En la *Ciudad Anarquista...* las moradas son "elegantes chalets de vidrio, de una sola pieza, fundidos en moldes gigantescos por medio de la electricidad. Los había de varias formas; de diferentes dimensiones y colores, predominando el naranja, el azul oscuro, el granate y el verde. Estos

chalets tenían pared doble, relleno el espacio vacío de separación con sustancias refractarias al sol".

En "Victoria", por su parte, las casas eran de hierro vidriado y el proyecto en general estaba encuadrado en la búsqueda de una viabilidad fáctica y de presunta base económica "científica" que permitiera regenerar en la medida de "lo posible" las condiciones de injusticia social. Su importancia fue muy grande por la influencia que tuvo en Ebenezer Howard y su proyecto de "ciudad jardín", de gran predicamento en la utopía de Quiroule, sobre todo en lo referente al equilibrio entre campo y ciudad.

Howard y Quiroule recibieron a su vez la influencia de Edward Bellamy, quien en su libro *Looking Backward: 2000-1887*, avistaba una sociedad con base de acción cooperativa y sociabilización de los bienes comunales, pero manteniendo la idea de un capitalismo de Estado.

No menos importante fue el aporte de los reformadores ingleses del siglo XIX, entre ellos William Morris y John Ruskin, y de los socialistas utópicos, como el hacedor de falansterios francés Charles Fourier.

Aunque en abigarrada síntesis, se ha intentando reflexionar sobre esta utopía anarquista y sobre el lugar del espacio y la planificación urbana en un género que ha colocado a la ciudad como la génesis demiúrgica del hombre nuevo.

El espacio rioplantense halló en Quiroule su curioso utopista, su ciudad, levantada sobre los desechos de la Sodoma porteña, aparece como testimonio de una apuesta imaginaria preñada desde la crítica de su tiempo.

## [ Notas ]

- 1 POLAK, FRED. *The image of the future*, Leyden, New York, 1961, vol. 1, pág. 446.
- 2 CIRIZA, ALEJANDRA. "Utopía y Modernidad", en *El Rodaballo*, N° 8, Buenos Aires, 1998, pág. 13. Carlos Astrada sostiene que antes de la irrupción del socialismo científico la utopía era insular por una especie de "ley formal". Según él, a partir de los trabajos de Engels y Marx la utopía, en virtud del impulso dialéctico que la dinamiza, puso de nuevo su proa hacia los continentes. Astrada, Carlos, "Realismo de la utopía", en *Kairós*, Bs. As., Año 2, N° 4, 1964, pág. 15.
- 3 Trousson, Raymond. *Historia de la literatura utópica*, Barcelona, Península, 1995, pág. 75.
- 4 La ciudad anarquista forma parte de una trilogía de relatos utópicos del autor que se inauguró en 1912 con *Sobre la ruta de la anarquía*, y finalizó 12 años después con *En la soñada tierra del ideal*. Las citas de *La Ciudad Anarquista*... aquí reproducidas pertenecen a la edición realizada por Solar/Hachette en 1976, seleccionada y prologada por Félix Weinberg.
- 5 Entre sus obras de teatro pueden mencionarse: *El fusilamiento de Francisco Guerrero o la infamia negra* (Bs. As., Souci, 1910), *El gran crimen europeo* (Bs. As., Ceppi, 1917) y *La institución Sacrosanta* (Bs. As., B. Fueyo, c. 1922). Respecto a las especulaciones científicas: *Entretenimientos racionalistas. Una nueva hipótesis sobre la formación del universo* (Bs. As., 1917), *La nueva ilusión mental. Huésped, fantasma y espíritu tangible* (Bs. As., c. 1921), *Los culpables. Controversia filosófica* (Bs. As., B. Fueyo, 1926), *El tiempo y el espacio ¿existen?* (publicado bajo el seudónimo de A. Silex, Bs. As., 1926) y *Ocio filosófico. El alma y el cuerpo (Punto de vista antibersoniano). Seguido de otras varias reflexiones respecto a la Materia- Espíritu* (publicado bajo el nombre real, L. J. Rosso, Bs. As., c. 1927).
- 6 Weinberg, Félix. *Dos utopías argentinas de principios de siglo*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1976, pág. 65.
- 7 GÓMEZ TOVAR, LUIS; GUTIÉRREZ, RAMÓN Y SILVIA VÁZQUEZ, *Utopías libertarias americanas. La Ciudad Anarquista Americana de Pierre Quiroule*, Tuero, Madrid, 1991, pág. 12.
- 8 *Ibidem*, pág. 36.
- 9 Es curiosa la inversión que hace Quiroule del viejo mito hispánico: El Dorado que significaba poder y riquezas y que guió los pasos enfeverizados de muchos conquistadores no es ya "el lugar" deseado por excelencia sino, como afirma Gómez Tovar, el "no-lugar" por antonomasia. Quiroule al destruir El Dorado, destruye el Capital y todo lo que este representa: "Al revés de lo que pasaba con la sociedad capitalista en la que el oro era todo y el individuo era nada, en la comuna anarquista el individuo era todo y el oro, desposeído de su valor ficticio y anulado como factor de riqueza social e individual, innecesario como agente de transacciones comerciales o remunerador de servicios, había vuelto a ocupar en la escala de los metales útiles al hombre, el sitio que le corresponde debajo del acero y del hierro".
- 10 Quiroule proclama que en las comunas anarquistas cada individuo debía conservar el derecho de "Zarathustra a ser Zarathustra" revelando así su aceptación de la línea de los "individualistas puros" de tendencia nietzscheana. Por otro lado, el personaje central del relato recibe el nombre de "Super".
- 11 KROPOTKIN era un gran admirador de la ciudad medieval como modelo de organización de la vida social, ver Kropotkin, Pedro, *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*, Móstoles, Madre Tierra, 1989; *Campo, fábricas y talleres*, Madrid, Gijón, 1978.
- 12 WEINBERG, FELIX, op. cit., pág. 93.